DONATE SALCEDO, Miguel, *El juicio de los dioses: disquisiciones procesales en torno al "Apocolocyntosis" de Séneca* (Ediciones El Almendro, Córdoba, 2008), 23 págs.

Manuel Peláez del Rosal, catedrático jubilado de Derecho procesal de la Universidad de Córdoba es, sobre todo, conocido y reconocido en el mundo científico por sus trabajos de Historia política, Historia del Derecho e Historia del arte. Si uno visita los catálogos de las más importantes bibliotecas universitarias del mundo, por ejemplo, la de Harvard, la Bodleian Library de Oxford, la de Michigan en Ann Arbor, etc., allí están las publicaciones escritas o dirigidas por Peláez del Rosal de contenido histórico. Resulta poco comprensible que dos catedráticos jubilados de la Universidad de Córdoba como son José Manuel Cuenca Toribio y Manuel Peláez del Rosal no sean miembros de número de la española Real Academia de la Historia, ahora que la capital del Estado español está comunicada rapidísimamente por vía férrea con la capital del Emirato y del Califato.

Peláez del Rosal dirige en ediciones El Almendro una colección volcada sobre el Derecho procesal histórico, en la que ha aparecido el presente libro, escrito por Miguel Donate Salcedo, que recoge el texto de una conferencia dictada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Córdoba, a invitación del propio Manuel Peláez del Rosal.

En su *Apocolocyntosis* Lucius Annaeus Seneca procede a un desprecio contundente y tal vez desproporcionado del emperador romano Claudio Tiberio Druso, calificándolo como "tonto" o "faraón" y haciendo «circular de forma clandestina un divertimento sobre su muerte, una parodia sobre su juicio final, un "ludus de morti Claudii". En la breve obra Claudio es desollado vivo —o muerto ya, en realidad—, ridiculizado sin piedad y vapuleado como un pelele. Se mofa Séneca de sus escritos, de sus intentos filosóficos, del patetismo de sus discursos. Se reprochan a Claudio las muertes de buenos caballeros, los vicios de juego, la cobardía, los crímenes contra su familia. Se quiere hundir la memoria del difunto emperador en un pozo de inmundicia, condenarla al desprecio» (p. 9). Claudio era originario de Lyon, como Poncio Pilato que no era Gobernador, ni Procurador, sino Prefecto de Judea con capital en Cesarea marítima.

Conocemos, y Donate Salcedo se ocupa de recordárnoslo, que Claudio murió envenenado tras ingerir un plato de setas. En el *Apocolocyntosis* describe Séneca la muerte del emperador Claudio. Mercurio solicitó a una de las parcas, Cloto, que abreviara su sufrimiento en sus momentos finales. La ascensión al cielo, no al Hades, de Claudio, y la aplicación de la *Lex Iulia iudiciorum privatorum* son aquí examinadas. Claudio comparece ante Hércules que lo reconoce, ante quien se confiesa de haber asesinado, aunque siempre (según él) lo había llevado a cabo buscando el bien del Imperio. Claudio intenta convencer a Hércules, que él merece ser un Dios, lo que lleva a que se desvíe el centro de atención de su juicio, que ya no gira sobre los crímenes, asesinatos y conquistas de Claudio, sino si debe o no ser incluido entre los dioses del Olimpo. Compareciendo ante el Senado de los dioses, es expulsado, aunque en el debate entre las divinidades al principio hay posicionamientos claros en favor de Claudio, hasta que tomó la palabra César Augusto, y puso de relieve su prudencia, relatando los asesinatos, crímenes y maldades de Claudio. César Augusto concluye con una aseveración final reproducida por Séneca y recogida en su texto por Miguel Donate: «Ya que el bendito Claudio asesinó a su suegro Apio Silano, a sus dos yernos, Pompeyo Magno y L. Silano; a Craso Frugi, suegro de su hija; a Escribonia, suegra de su hija, a ambos dos como dos huevos en una cesta; a su esposa Mesalina y a

otros demasiado numerosos para mencionar; propongo que se tomen medidas fuertes contra él, que no se permita retraso en el proceso, y que caiga sobre él una inmediata sentencia de exilio, que lo expulse de los cielos en treinta días, y del Olimpo en treinta horas» (pp. 18-19). El resultado es que Claudio es expulsado del paraíso y llevado por Mercurio a los infiernos, donde iba a ser juzgado por un tribunal de reyes muertos, o por un juez. En su caso le correspondió serlo por Eaco, juez de los europeos, que seguía el procedimiento de la Ley Cornelia, rogada por Sila (p. 20). La enumeración de las actividades delictivas de Claudio no fue pequeña: «*Treinta y cinco senadores asesinados, doscientas veintiuna muertes a sus espaldas de caballeros romanos*» (p. 21). El castigo que se le impone a Claudio, jugador empedernido, es que «*juegue a las tabas con un cubilete sin fondo. Como el cubilete en el juego de las tabas era obligatorio, la condena es toda una tortura. Nunca conseguirá Claudio tirar las tabas, nunca conseguirá parar de jugar, nunca ganará, nunca cesará de buscar las tabas que han caído al suelo*» (p. 21). Aclara además Donate que «*en vida, Claudio jugó a los dados hasta la saciedad*» (p. 21) y «*llegó a construirse un tablero en su carro, para jugar mientras viajaba*» (nota 17). El emperador ludópata, como antes lo había sido César Augusto, acabó sin embargo siendo esclavo de Calígula, quien lo regaló al juez Eaco para que llevara a cabo trabajos de segunda categoría en los infiernos.

El folleto de Donate Salcedo está claramente enriquecido por un conocimiento del procedimiento penal romano, con un manejo fuera de lo común de la terminología procesal romana de la *intentio*, *demonstratio*, *litis contestatio*, fase *apud iudicem*, con el propósito, presente en la obra de Séneca, de que los excesos de los emperadores pudieran verse corregidos más tarde con las leyes. La relación entre Derecho romano y Mitología está muy elegantemente puesta de relieve en este pequeño libro por Miguel Donate Salcedo.

Manuel J. PELÁEZ

Universidad de Málaga, España

FERNÁNDEZ DE BUJÁN, Federico - GARCÍA GARRIDO, Manuel Jesús, *Fundamentos clásicos de la democracia y la administración* (Madrid, UNED/Ediciones Académicas, 2010), 350 págs.

Es un lugar común entre los estudiosos de la Historia constitucional y del Derecho administrativo la afirmación de que el objeto de su disciplina se inicia con las revoluciones del siglo XVIII (o su precedente inmediato en la Gloriosa Revolución inglesa del siglo XVII). Serían las profundas transformaciones que el ámbito del Derecho público impulsó la Ilustración en Europa y en América las que hicieron surgir el Estado constitucional y, con él, la Administración moderna sujeta a la división de poderes y al principio de legalidad; todo lo anterior en este terreno carecería de interés desde el punto de vista de la reconstrucción histórica de estas disciplinas (cfr. p. ej. J. Varela Suanzes-Carpegna, "Algunas reflexiones metodológicas sobre la Historia Constitucional", *Historia Constitucional* 8 [2007], p. 2 <<http://hc.rediris.es/08/index.html>>). Este planteamiento supone desconocer –o, al menos, preterir– un hecho fundamental, como es que los propios autores de cabecera la Ilustración política y jurídica (como